

República: en todo tiempo y para todos sus actos públicos, desinterés y patriotismo. Esto último depende de nosotros, está en nuestro corazón, aunque no tengamos el poder á nuestro alcance. ¡El patriotismo! Hé aquí lo que encontráis en mí, constante, inalterable. Recordad, en prueba de ello, que se ha pedido mi cabeza, que se me ha citado al tribunal de los Anfictiones; que se han puesto en juego ofrecimientos y amenazas; que se han lanzado contra mí esos miserables como bestias feroces, y que nada ha podido apartarme de vuestros intereses. Desde mis primeros pasos he seguido el camino más recto: mi política ha consistido siempre en sostener las prerogativas, el poder y la gloria de mi patria, en estenderlas é identificarme con ellas.

Cuando el extranjero prospera, no se me vé pasar por la plaza pública rebotando de júbilo, tendiendo la mano y refiriendo las noticias á los que seguramente han de transmitir las á Macedonia. Si nuestra ciudad tiene algún motivo de alegría, no tiemblo al saberlo, ni me retiro azorado y con la mirada abatida, como esos impíos que difaman la República, sin ver que se deshonran ellos mismos, y que, fija la vista fuera de su patria, celebran los triunfos del que debe su prosperidad á las desgracias de la Grecia, deseando que se dedique á perpetuarlas.

¡No escuchéis, Dioses inmortales, sus culpables votos! ¡Corregid, corregid su espíritu y su corazón! Y si tanta maldad es irremediable, ¡haced que, abandonados en el mundo, perezcan sobre la tierra ó sobre los mares! ¡Para nosotros, última esperanza de la patria, solo pedimos que os apresureis á disipar los peligros suspendidos sobre nuestras cabezas y á asegurar nuestra conservación!

ELOGIO FÚNEBRE

DE LOS GUERREROS ATENIENSES MUERTOS EN QUERONEA.

Introducción.

«Por el mismo Demóstenes sabemos, dice Mr. Villemain, que fué elegido por el pueblo ateniense para celebrar á los guerreros muertos en Queronea; y hace valer en su favor esta circunstancia, que su rival Esquines le había reprochado elocuentemente. Pero el elogio fúnebre que nos queda bajo el nombre de Demóstenes, no parece auténtico á Dionisio de Halicarnaso ni á Libanio. El discurso que este grande orador pronunció, ¿no era indigno de figurar entre sus demás oraciones para que hubiese desdeñado el conservarlo? ¿Pudo acaso sustituirse más tarde por otro discurso de algún sofista? Sea de esto lo que quiera, parece que la elocuencia vigorosa de Demóstenes, tan propia para las luchas violentas de la tribuna y del foro, no debía acomodarse fácilmente á las formas del panegírico..... Por lo demás, este elogio de los guerreros muertos en Queronea, ora se niegue, ora se atribuya á Demóstenes, cuyo nombre lleva, ofrece rasgos muy notables. Creo difícil que sea la obra de un retórico. Se encuentra en él una elevación que es propia de los buenos tiempos de la Grecia.» (1)

Juegos ecuestres y gímnicos, certámenes de canto y de poesía, una comida fúnebre y una columna con una inscripción muy sencilla, honraban la memoria de los defensores de la patria. Tucídides nos refiere las escenas imponentes y solemnes, cuyas ceremonias tan patrióticas y morales eran animadas por la elocuencia.

(1) Ensayo sobre la oración fúnebre.

«El mismo invierno, dice, (el en que terminó la primera campaña de la guerra del Peloponeso) los atenienses, según la costumbre de su país, hicieron funerales públicos á los primeros que perecieron en esta guerra. Hé aquí de qué manera se verifican estos funerales. La antevíspera del día en que deben tener lugar, se arma una tienda de campaña donde se depositan los huesos de los difuntos, y cada ciudadano lleva lo que quiere consagrar en ofrenda al muerto que le interesa. En la ceremonia del entierro cada tribu lleva un carro que conduce un féretro de ciprés, con los huesos de los muertos que le pertenecen. Se lleva también un lecho preparado, pero vacío, que se destina á aquellos cuyos cuerpos no se han podido encontrar. Los ciudadanos y los extranjeros tienen libertad de acompañar ó no á la comitiva. Los parientes se sitúan cerca del sepulcro y se lamentan. Los féretros se depositan en la tumba pública, situada en el barrio más hermoso de la ciudad. Allí se entierran siempre los guerreros muertos en los combates, á escepcion de los que sucumbieron en la batalla de Maraton; pues á estos se les consideró como dotados de un valor extraordinario, y se les dió sepultura en el campo mismo del combate. Terminada la ceremonia, el Pueblo elige un hombre distinguido por su sabiduría y su virtud, que pronuncia una oracion en alabanza de los que han dado su vida por la patria, y despues todos se retiran. Así se hacen los funerales..... Llegado el momento, Pericles sube á una tribuna elevada convenientemente, para que pueda ser oido por la mayor parte de la concurrencia, y habla en estos términos.»

Discurso.

Desde que la República, despues de haber decretado estos funerales en honor de los que han sido en la guerra víctima de su denuedo, me eligió para pronunciar el panegirico que la ley ordena, no he cesado de discurrir el elogio más conveniente para tan altos merecimientos. Pero mis inútiles esfuerzos me han hecho comprender que un lenguaje digno de los que descansan en esa tumba es imposible. Haber despreciado la vida, cuyo amor es innato en todos los corazones; haber preferido morir noblemente, más bien que conservar la existencia para ser testigos de las calamidades de la patria, ¿no es acreditar una

virtud superior á todo género de alabanzas? Espero, sin embargo, poder espresarme siguiendo el ejemplo de los oradores que otras veces desempeñaron el encargo que hoy se me confia.

El interés que Atenas siente por los ciudadanos muertos en los combates, se reconoce sobre todo en la ley que se impone de elegir un orador que solemnice con su palabra los funerales públicos. Conociendo que las grandes almas desprecian la posesion de las riquezas y el goce de los placeres del mundo, y que aspiran solo á la virtud y á la gloria, cree deberlas recompensar con un discurso destinado á celebrarlas, medio el más poderoso para satisfacer tan nobles aspiraciones, y para hacer que la fama de que gozaron en vida se trasmita á la posteridad.

Si no viese en estos guerreros más mérito que el del valor, á él solo debería limitarse este elogio; pero toda vez que la fortuna les dispensó un nacimiento distinguido, una educación esmerada y una vida honrosa, me avergonzaría de omitir uno solo de estos justos títulos, que los hacen acreedores á nuestros homenajes.

Comienzo por su origen, cuya nobleza ha sido reconocida en todos tiempos y por todos los pueblos. Porque aun prescindiendo de sus padres y sus abuelos, todos ellos pueden remontar su nacimiento á la patria comun, cuyo suelo los produjo, según confesion universal. (1) Si; los atenienses son los únicos, entre todos los hombres, que han habitado y transmitido á sus descendientes la tierra materna; y así es que, bien considerado, los que emigran á ciudades extranjeras y reciben allí el nombre de ciudadanos, se asemejan á hijos adoptivos, mientras que nosotros somos, por los lazos de la sangre, los verdaderos hijos de nuestra patria. También fué entre nosotros donde apare-

(1) Los atenienses abrigaban la absurda creencia de que habian nacido del suelo mismo que habitaban.—(Stievenart.)

cieron los primeros frutos que sirvieron de alimento al hombre; y en esto veo, además del mayor beneficio que ha recibido la humanidad, una prueba irrecusable de que esta comarca es la madre de nuestros antepasados. Es, en efecto, una ley de naturaleza, que todo ser que se reproduce lleve en sí el alimento del nuevo ser á que dá vida, y este fenómeno se ha realizado en el Atica.

Así nacieron, en tiempo inmemorial, los abuelos de los ciudadanos cuya pérdida lloramos hoy. En cuanto á su valentía y á sus demás virtudes, no me atrevo á decirlo todo por miedo á traspasar los límites de este discurso. Pero realizaron hechos cuyo recuerdo es útil, y cuyo conocimiento vá acompañado de placer y satisfacción; hechos gloriosos que pueden reseñarse sin fatigar á nadie, y que vamos á procurar esponer en un breve cuadro.

Los padres, los abuelos, los antepasados más remotos de la generacion presente, no verificaron jamás ningun acto agresivo contra los griegos ni contra los bárbaros; y sin contar todas sus demás prendas eminentes, obedecian siempre á los principios de la más estricta equidad. Pero cuando tuvieron que defenderse, realizaron mil empresas memorables. Ganaron contra el ejército de las Amazonas, que devastaba el Atica, victorias bastante decisivas para rechazarle hasta más allá del Fasis; (1) arrojaron de este país y de la Grecia entera las bandas desembarcadas con Eumolpe y otros muchos jefes, contra las cuales todos los pueblos situados al Occidente de Atenas no habían podido resistirse. Los hijos del mismo Hércules, protector de los mortales, les dieron á su vez este nombre cuando vinieron aquí huyendo de Euristeo. A todas estas y á otra multitud de acciones magnificas, añadamos que no dejaron ultrajar los derechos de los muertos, cuando Creon prohibió dar sepultura á los siete jefes que habían sitiado á Tebas.

(1) Río que hoy lleva el nombre de *Rion* en la Mingrelia.

Omito muchas hazañas consignadas en la mitología. Cada una de las que he recordado ofrece una materia tan estensa y brillante, que los poetas de la epopeya, de la tragedia y de la lira, y la mayor parte de los historiadores han encontrado en ellas asunto para sus obras. En cuanto á las que, sin merecer menos nuestra estimacion, no están adornadas de ficciones ni colocadas entre los hechos heróicos, á causa de su fecha más reciente, permitidme que las recuerde.

Nuestros padres, por sí solos han rechazado dos veces tanto por mar como por tierra, los ejércitos del Asia entera, y salvado á costa de los mayores peligros la libertad de todos los helenos. Lo que tengo que decir lo han dicho otros antes que yo; pero no importa, actualmente aun conviene tributar á aquellos grandes hombres nobles y legítimas alabanzas. Muy superiores á los guerreros armados contra Troya, que siendo lo más escogido de la Grecia, apenas pudieron tomar en diez años una sola ciudad del Asia, no solamente rechazaron sin ayuda de nadie los ejércitos que esta parte del mundo lanzó contra nuestra pátria y que parecian invencibles, sino que tambien supieron vengar los daños que habían causado á los otros helenos. Pero hicieron más todavía: para reprimir en el corazón mismo de la Grecia las ambiciones rivales, desafiaron todos los peligros nacidos de los caprichos de la fortuna, colocándose siempre al lado del buen derecho hasta la época en que nacimos.

Y no se crea que no pudiendo estenderme sobre cada uno de estos hechos, me limito á enumerarlos. Aun cuando fuese el más inhábil y torpe de los oradores, la virtud de nuestros antepasados ofrece una multitud de grandes ejemplos que se presentan espontáneamente á la memoria. Pero despues de haber consagrado un recuerdo al ilustre origen y á las memorables acciones de nuestros padres, me propongo llegar sin detencion á las hazañas

de nuestros guerreros, con objeto de confundir en una misma gloria á hombres por cuyas venas circulaba la misma sangre, persuadido de que sería igualmente grato para todos establecer entre ellos una comunidad de virtudes, tanto por su nacimiento como por nuestros elogios.

Aquí debo, sin embargo, detenerme. Antes de trazar la vida de nuestros guerreros, solicito la benevolencia de los que, sin pertenecer á sus familias, forman parte de este cortejo fúnebre. Encargado de solemnizar los funerales con gastos espléndidos, con corridas de carros y luchas de atletas, habría cumplido mi deber tanto más satisfactoriamente, cuanto más celo y suntuosidad hubiese desplegado. Pero teniendo que celebrar en un discurso las acciones de esos ciudadanos, temería que fuese inútil todo mi cuidado si no contaba con el favor de los oyentes. Las riquezas, la fuerza, la actividad y todos los recursos de esta especie, bastan para vencer los mayores obstáculos. Pero el talento de la palabra no puede prescindir de la benevolencia del auditorio. Con ella, un discurso mediano interesa y acredita; sin ella, el orador más elocuente molesta y fatiga.

Pero al dar principio al elogio de los guerreros, cuya gloriosa vida ofrece tan ancho campo al panegírico, no sé por dónde comenzar. La misma abundancia de la materia dificulta la elección. Ensayaré, sin embargo, seguirles paso á paso en su carrera.

Desde sus primeros años se mostraron ansiosos de brillar en toda clase de ejercicios y conocimientos, entregándose con ardor á los estudios y trabajos propios de su edad, y siendo el orgullo de sus padres, de sus amigos y parientes. Así es que, al llorarlos para mitigar su dolor todos aquellos que les fueron queridos, se ofrecen á su memoria mil recuerdos de las virtudes que los adornaban. Cuando pasada la juventud llegaron á ser adultos, acreditaron su mérito, no solamente ante sus conciudadanos,

sino también ante todos los helenos. Una prudencia ilustrada es el fundamento de toda virtud, y la perfección de la virtud consiste en el valor. La primera descubre y traza la senda que debemos seguir, y este último nos dá fuerza para recorrerla. Ambas cualidades las poseían ellos en el grado más eminente. Antes que todos vieron la tempestad que se iba formando sobre la Grecia entera, é hicieron más de un llamamiento á los demás pueblos para salvarlos, en lo cual dieron una prueba de su gran penetración. Cuando todavía era posible detener sin riesgo el azote, los helenos, ciegos y cobardes, ó no lo vieron ó fingieron que no lo veían; pero desde el momento en que, reconociendo su error, se mostraron dóciles á los consejos del deber, los ciudadanos á quienes hoy lloramos, depusieron todo resentimiento, se colocaron á su cabeza, contribuyeron con su fortuna, acudieron con sus tropas y las de sus aliados, y pródigos de su vida, se abandonaron á la suerte caprichosa de los combates.

En todo combate es forzoso que unos sean vencidos y que otros sean vencedores; pero no vacilo en asegurarr que los que mueren de ambas partes en el campo de batalla, no deben comprenderse en la derrota, y que todos ellos participan igualmente de la victoria. Los que sobreviven, deben el honor del combate á la voluntad de los dioses; pero lo que corresponde hacer para conseguir el triunfo, todo hombre muerto en sus filas lo ha hecho. Como mortal ha sufrido su suerte, ha sido víctima de los rigores de la Fortuna; pero su alma esforzada no ha participado de la derrota. Y si el enemigo no ha invadido nuestro territorio, se debe á la virtud de estos guerreros. Después de haber experimentado su valor, luchando cuerpo á cuerpo, ha temido emprender una nueva lucha contra los conciudadanos de unos hombres tan intrépidos, estando seguro de encontrar otros enemigos igualmente firmes y valientes, y teniendo por muy inciertos los favores de la misma pró-

pera fortuna. Las condiciones de la paz ajustada entonces con nosotros son buena prueba de esta verdad. No, no es posible encontrar un motivo más glorioso para nosotros, que el que aconsejó al Monarca su resolución: admirado de la virtud de estos ilustres muertos, ha querido mejor ser amigo de sus compatriotas, que comprometer de nuevo todo su poder. Preguntad á los mismos que combatieron contra nuestros guerreros, si atribuyen la victoria á su propio valor, ó á un capricho inesperado de la suerte y á la audacia de un hábil capitán. ¿Habrá alguno entre ellos que tenga la presunción de atribuirse el éxito de la batalla? En un acontecimiento cuyo resultado ha dependido de la Fortuna, á la cual nada se resiste, justo y forzoso es no acusar de cobardía á los adversarios de esta misma Fortuna, que al fin no eran más que mortales. Si el general enemigo derrotó el cuerpo que peleaba contra él, este suceso no debe atribuirse ni á los macedonios y á los atenienses, sino á los tebanos que componían aquel ala del ejército: sostenidos por guerreros de corazón invencible, por guerreros incapaces de retroceder y sedientos de gloria, no supieron aprovecharse de tan grandes ventajas.

Aunque pueda haber diversidad de pareceres sobre otras cosas, existe un hecho cuya evidencia es para todo el mundo incuestionable: este hecho es que la libertad de la Grecia entera tenía por salvaguardia el corazón de estos valientes. Desde el momento en que el Destino nos privó de su esfuerzo, toda resistencia cesó. Creo poder decir, sin despertar la envidia, que su valor era el alma de la Grecia, y creo también que hablando de este modo rindiendo homenaje á la verdad. Si; en un mismo instante se ha estinguido el soplo de vida que los animaba, y el honor de la patria común. Y todavía añadiremos, aunque nuestro lenguaje parezca exajerado, que lo mismo que los hombres se verían condenados á una existencia triste y sombría si el sol les negase sus resplandores, así la muerte de

estos guerreros ha dejado cubierta de vergonzosas tinieblas la antigua gloria de los helenos.

Entre las muchas causas que han contribuido á elevar tanto su virtud, debemos considerar como una de las principales nuestra constitucion política. La oligarquía puede infundir el temor; pero no puede inspirar el ódio á la bajeza. Así es que en tiempo de guerra y en los momentos del combate, cada uno cuida solo de salvar su vida, seguro de que si por medio de presentes y de obsequiosas complacencias logra aplacar el enojo de sus señores, todo le será dispensado aunque haya sido el más vil de los hombres, sin otro castigo que la deshonra que le prepara el porvenir. Pero en una democracia, el derecho de publicar la verdad sin obstáculos, es uno de los más nobles títulos, una de las más importantes prerogativas que corresponden al ciudadano. Con la esperanza de engañar á todo un pueblo, ¿cuando se ha cometido una cobardía? Antes al contrario, es inevitable la humillacion que resulta de los actos ignominiosos al ser referidos á todo el mundo y sometidos á la censura pública. Temiendo esta afrenta, todos los ciudadanos desafían heroicamente los peligros de la guerra, y prefieren una muerte gloriosa á una vida de mengua y deshonra.

Hé aquí las causas generales que han inducido á nuestros conciudadanos á buscar un fin tan honroso: nacimiento, educacion, costumbres intachables y los principios del gobierno. Pero en cada tribu se encuentran causas particulares que han contribuido á aumentar su grandeza de alma: voy á manifestar estas causas.

Todos los Erecteidas sabían que aquel Erecteo que les dió su nombre, abandonó sus hijas (1) á una muerte segura por salvar su país. No es extraño, pues, que cuando un hijo de los Dioses había hecho tan grande sacrificio

(1) Estas hijas fueron Creusa, Oritia, Otonia y Procris.

por la libertad de su patria, ellos se avergonzaran de preferir la conservacion de su vida mortal, á una fama imperecedera. No ignorando que Teseo, hijo de Egeo, habia sido el primero en establecer en Atenas la igualdad civil, los Egeidas habrian considerado como un crimen el no seguir los principios de aquel grande hombre, y han preferido morir más bien que ver la Grecia subyugada. La tradicion habia dado á conocer á los Pandionidas la venganza que Progne y Filomela tomaron de los ultrajes de Tereo, y unidos a estas hijas de Pandion por los vínculos de la sangre, consideraban como un deber el pelear hasta la muerte contra los opresores de la Grecia. Se habia referido á los Leontidas, que las Leocores, (1) célebres en la fábula, se ofrecieron á ser inmoladas por salvar la patria; y ante el recuerdo del heroico valor de estas jóvenes, ellos, en su condicion de hombres, habrian creido cometer un crimen imperdonable si no las hubiesen igualado. Los Acamantidas recordaban aquellos versos de Homero, en que dice que Acamas volvió á Troya estimulado por su cariño á Etra, de quien habia nacido: (2) los descendientes de este héroe, que venció los mayores obstáculos por salvar á su madre, no era posible que retrocediesen á la vista del peligro cuando se trataba de proteger á sus amigos y parientes y aun á sus propias familias. Los Eucidas no olvidaban que Selemé, nacida de Cadmo, tuvo por hijo á un Dios que no conviene nombrar en estos funerales, (3) y que este Dios fué padre de Eneo, fundador de su raza: á la vista del peligro que amenazaba igualmente á las dos Repúblicas, la lucha más sangrienta fué considerada por ellos como una deuda que estaban obligados á pagar. El

(1) Las Leocores ó las tres hijas de Leos.

(2) La madre de este Acamas, ¿se llamaba Fedra, Ariadna ó Etra? Los filólogos no nos sacan de la duda. El pasage de Homero indicado aquí no ha llegado hasta nosotros.—(Stievenart.)

(3) Baco, dios del vino.

jefe de los Cecropidas fué, segun se dice, mitad hombre y mitad serpiente, (1) sin duda porque á la fuerza del dragon unia toda la prudencia de un mortal, en lo cual tienen su origen las dos grandes cualidades en que esta tribu se distingue. Los Hipotontidas se acordaban del himeneo de Alopé, del cual nació Hipoton, á quien reconocian por su jefe; pero fiel á las conveniencias de este dia, apartaré de la memoria este suceso, diciendo solamente, que no olvidaron nunca que á ellos correspondia mostrarse dignos de tan grande hombre. La tribu de Ajax no ignoraba que este guerrero, viéndose privado de la recompensa que esperaba ganar con su valor, no pudo soportar la vida; (2) y de igual modo, cuando el premio del combate fué dispensado á otro por la Fortuna, esta tribu comprendió que debia pelear contra sus enemigos hasta morir, para corresponder dignamente á la gloria de su fundador. Vivir dignos de nuestros antepasados ó perecer heroicamente, fué la máxima de los Antiochidas, que no habian podido olvidar que le dió el nombre un hijo de Hércules.

La muerte de estos ciudadanos, rompiendo los lazos intimos que los unian á sus amigos y sus familias, hace á los que les han sobrevivido muy dignos de compasion; la patria ha quedado viuda, en cierto modo, y vive sumida en lágrimas y duelo. Pero ellos, por el contrario, son dichosos segun el juicio de los sábios. Primeramente, y en recompensa de esta vida pasajera, dejan en pos de sí una reputacion gloriosa é inmortal, que será el consuelo de sus hijos enaltecidos por ella y educados por la República, y tambien de sus padres, cuya vejez, rodeada de consideraciones y respetos, estará á cargo del Estado. Despues, libres de las enfermedades y de las penas á las cuales un

(1) Cecrops, procedente de Egipto y fundador de Atenas.

(2) Ajax, el guerrero más valiente despues de Aquiles. Suicidóse desesperado de que Ulises obtuviese las armas del hijo de Tetis que él pretendia.

acontecimiento adverso puede entregar nuestra existencia, obtienen pomposos y magníficos funerales. ¡Oh! ¿cómo no considerarlos felices cuando vemos que la patria, á sus espensas, les consagra una tumba; que únicamente les concede á ellos públicos elogios; que son llorados por sus padres, por sus conciudadanos y por todos los hombres que pertenecen á la gran familia de los helenos? Se podría asegurar que en las islas Afortunadas (1) se encuentran sentados cerca de los Inmortales, en lugar tan preferente como los hombres virtuosos de los tiempos antiguos. Sin duda que ningun testigo de estos honores ha venido á darnos cuenta de ellos; pero debemos suponer por analogía, que los que fueron en concepto de los vivos acreedores á las humanas alabanzas, han de encontrar más allá del sepulcro una gloria semejante.

Acaso sea muy difícil aliviar por medio de la palabra los infortunios que se tocan; pero procuremos, sin embargo, evocar en nuestro pensamiento las ideas que consue- lan. Generosos ciudadanos, hijos de padrès no menos ge- nerosos, grande honra será para vosotros el soportar la carga del infortunio sin dejaros abatir por su peso, y el ha- ber conocido la adversa y la próspera fortuna sin dar ca- bida al desaliento. Esta fortaleza de ánimo sería el más rico tributo de homenajes consagrado á los manes de los muertos, y la ofrenda que mayor gloria había de propor- cionar á la ciudad de Atenas. Es muy doloroso para un pa- dre y para una madre perder á sus hijos, esperanza y apo- yo de su vejez. Pero ¡qué satisfaccion puede compararse á la de ver á esos mismos hijos recibiendo de la patria elo- gios inmortales, haciendo gloriosa su memoria, y siendo honrados con sacrificios y fiestas solemnes como los Dio- ses! Es cruel para los hijos el perder la sombra de un pa- dre; pero ¡cuán grato no es heredar la gloria paterna! En

(1) Así llamaban los antiguos á las islas Canarias.

esta herencia todo lo afflictivo procede de la Fortuna, á cu- yos fallos hay que someterse; pero todo lo que es digno y honroso fué la obra de hombres esforzados que quisieron morir noblemente.

No he procurado hablar mucho, sino manifestar cosas verdaderas. Solo me resta deciros que despues de haber llorado y cumplido los deberes que os imponen la justicia y la ley, os retireis á vuestros hogares.